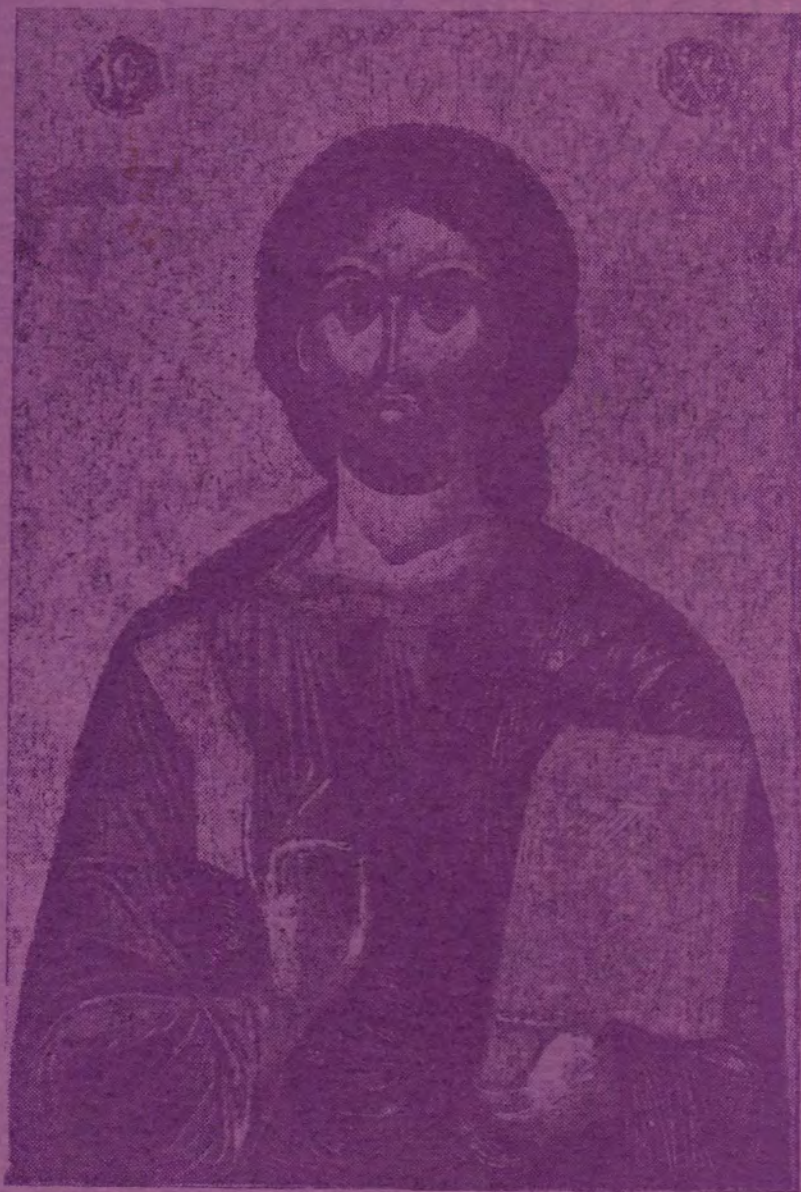


**EL
ICONO
BULGARO**



exposición
EL ICONO BULGARO

Museo Nacional de Bellas Artes
Dirección de Patrimonio Cultural
Ministerio de Cultura de Cuba.

Comité de Cultura de la República Popular de Bulgaria
Galería Nacional de Bellas Artes de Sofía
Embajada de la República Popular de Bulgaria en Cuba.

Setiembre de 1983.

Comisario de la exposición-

Costadinca Pascaleva - Jefe del Departamento

"Pintura medieval" de la Galería Nacional de Bellas Artes

PROCEDENCIA DE LAS OBRAS:

La Cripta. Filial de la **Galería Nacional de Bellas Artes, Sofía.**

Museo Arqueológico Nacional, Sofía

Museo Histórico-Arqueológico de la Iglesia, Sofía

Museo Nacional "Monasterio de Rila"

Museo Histórico Distrital, Veliko Tárnovo

Galería Estatal de Bellas Artes, Plovdiv

Museo del Monasterio de Bachkovo

y otras.

Podemos, lógicamente, al ver esta exposición **Iconos búlgaros** tener una impresión cabal de lo que fue esta manifestación tan importante para la iglesia cristiana de Oriente. Como parte fundamental del culto en la iglesia ortodoxa el icono, surgido de un contexto griego medieval, se traslada al mundo eslavo andando el tiempo. Investigaciones más recientes apuntan también hacia una herencia basada en los centros locales que luego, al trasladarse a Constantinopla resurgía como arte oficial en el marco suntuoso y cosmopolita del Imperio. De todos modos el icono búlgaro es fruto de influencias de oriente y occidente, técnicas y temáticas que se entrecruzaron en estas tierras como lo hicieron los caminos hacia diversas partes de Europa.

Con esta exposición de los iconos búlgaros se llega en nuestro medio artístico a un evento de trascendencia especial. Por primera vez se reúnen en nuestra patria obras de este género —y de ese país— en número y calidad tan apreciables: es decir, es una oportunidad estimable para apreciar, valorar y conocer cuatro siglos (XV al XIX) del arte del icono en Bulgaria, con un antecedente al fresco del siglo VII. La antigua tradición iconográfica se nos ofrece plétórica y sin restricciones, a la contemplación. Arte lejano en tiempo y espacio, se nos vuelve cercano en la ocasión actual en el contexto de la aproximación histórica de nuestros dos pueblos por el camino hacia una sociedad nueva.

En la coyuntura de un mundo hecho más cercano por los progresos de la técnica, estas obras del pasado habrán de ser seguramente, captadas en sus condicionantes epocal y geográfica, en sus dimensiones histórica, sentimental y patriótica, al propio tiempo que en sus presupuestos plásticos y comprenderá paralelamente el alcance universal que todo cuerpo artístico legítimamente cimentado en los propios valores, reviste.

Conocedores ya del rico patrimonio tracio en Bulgaria a través de una importante exposición que precedió en algunos años a la presente, la que vemos ahora no es menos pródiga por su contenido y diversidad, así como por la relevancia que para el conocimiento de la historia artística del hermano país balcánico tiene la misma.

Una realidad se hace presente en estos iconos: siendo elementos indispensables del culto ortodoxo, ellos están dotados en sí mismos de un humanismo patente, que sentimos al acercárnosles. Los rostros de la Virgen y de Cristo, los de los santos no plasman lo omnipotente y autoritario a ultranza, sino que en verdad están concebidos en la mayoría de los casos a nivel del hombre; es dable pensar que el temor que podría esperarse de estas imá-

genes sagradas —que no son para el creyente de la época sino un don de la divinidad— se trocase más bien en la admiración irrestricta de los fieles.

No se ven las figuras de estas tablas compelidas por un rictus severo, sino que de una organicidad interior nace la expresión del misterio. Aun así, el hieratismo y la solemnidad, la mirada fija de grandes ojos, responden al corte trascendental que asumen estas piezas por tradición.

Este mundo artístico que nos es básicamente nuevo lo vemos ahora a través de iconos realizados en Bulgaria durante el período medieval y el de su renacimiento nacional. Es posible ver la evolución desde las formas basadas en una tradición persistente —con sus variaciones circunstanciales— a aquellas que traducen en el arte los anhelos del renacimiento búlgaro de los siglos XVIII y XIX, visibles en los trabajos de Zajari Zograf en la pasada centuria.

El icono búlgaro ha de ser apreciado, con certeza, en su calidad de vehículo de ansias libertarias y de elemento comunitario de supervivencia de la nacionalidad búlgara. Se desprende del mismo el mensaje del credo proyectado a las masas en tanto que instrumento de conservación del poder de reyes y boyardos, así como —por otra parte— su valor de entronización de las aspiraciones, sufrimientos y alegrías del ser humano, tal y como éste los vió e instuyó en condiciones históricas concretas. Como parte del conjunto cultural eslavo-bizantino del este europeo estas creaciones se instalan en una dimensión propia, expresión de rasgos y de figuraciones locales, aspiración a la par al universo. Lo local está en las imágenes, lo universal en la intención.

Surgido de entre los montes y los valles que en movimiento de este a oeste recorren Bulgaria, los iconos son el producto de la imaginación de sus artistas, a partir del sustento que les proveyó la creencia popular. El oro refleja más que el brillo del metal o la alusión celestial, el esplendor de una cultura. El color es, además del detalle de la vestimenta y del elemento decorativo y de la atracción del creyente, la elocución de la confianza en la vida, el sentimiento de la alegría de vivir. Así se manifiestan consecuentemente estos iconos —con más o menos destreza y habilidad técnica— siempre con un mismo fervor.

El pueblo búlgaro en sus momentos difíciles de opresión extranjera se aferró a sus iconos como vehículo de una expresión autóctona. De esas tablas nace el poder de la imagen, que es también el poder de lo nacional emotivamente condensado en la superficie de madera. Constituyeron los iconos

en su momento un símbolo elevado de la fe, han sido y son un emblema de la nacionalidad búlgara.

Nos sentimos complacidos con esta posibilidad que nos ofrece el Comité de Cultura de la República Popular de Bulgaria, así como de su acertada selección de entre los principales museos y galerías de ese país, para brindar a nuestro pueblo las manifestaciones de un cultura milenaria con ricas posibilidades de disfrute estético y de apreciación conceptual. No han sido exclusivamente los iconos —e incluso un iconostasio completo— los que nutren esta colección múltiple, sino asimismo diversos objetos relacionados con el culto ortodoxo, que permitirán una interpretación complementada y con mayores elementos de juicio de esta importante manifestación.

Miguel L. Núñez

Dpto. de Investigaciones

Museo Nacional de Bellas Artes.





LA EXPOSICION DE ICONOS DE BULGARIA

Profesora Mara Tsóncheva.

El icono ocupa un lugar particular en el arte medieval búlgaro. Aunque creado como parte del culto de la iglesia cristiana medieval, el icono refleja el desarrollo del arte medieval búlgaro, reproduciendo asimismo los sentimientos, las ideas y el ánimo de sus creadores y consumidores, es decir, los miles de creyentes búlgaros.

En el mundo cristiano de oriente, en la iglesia ortodoxa medieval (bizantina), el icono revestía una importancia mística y un sentido religioso para el creyente. A diferencia de la pintura mural monumental, cuyo destino en la iglesia era ilustrar mediante lienzos y composiciones de gran tamaño los episodios bíblicos y evangélicos, traduciendo su sentido y significación para el fiel cristiano, las imágenes de los iconos lo conducían a la contemplación y comunicación directa con Dios. Para el fiel cristiano, la imagen del icono personificaba la presencia de la divinidad en el templo y la posibilidad que tenía cualquier hombre sencillo de comunicarse con él. De esta manera, el icono constituía una especie de personificación, una imagen retratada de Jesucristo, de la Madre de Dios, y de los distintos padres de la iglesia, profetas y santos. Evidentemente, todo ello, ha condicionado el gran desarrollo del icono. Su ubicación y mayor importancia correspondían al altar donde estaba concentrado el oficio divino. El cristiano rezaba frente al icono que era imagen de la divinidad o de determinado santo patrono de la iglesia con la convicción de que, por intermedio suyo, se estaba comunicando con Dios mismo. El fiel encendía velas frente al icono, lo cual representaba un acto particular de la oración. Las imágenes de los iconos ocupaban un lugar distinguido en las procesiones eclesiásticas.

Durante la Edad Media, el icono ocupó un lugar considerable en el hogar búlgaro, en su calidad de personificación de la presencia divina. Escondido cuidadosamente en el altar doméstico, la imagen del icono desempeñaba el papel de protector y defensor contra los males de la vida. Durante los cinco siglos que duró la dominación de los turcos-osmanlíes en Bulgaria era también quien defendía al fiel contra el invasor que profesaba una fe extranjera y contra sus intentos de imponer la religión mahometana a la población búlgara.

Bulgaria es uno de los Estados más antiguos de Europa. En el año de 1981, el pueblo búlgaro celebró el 1 300 aniversario de la fundación de su Estado y la existencia de su cultura. El inicio data de después del año 681. Como

resultado de reñidos combates con las enormes masas eslavas del llamado grupo búlgaro (desde fines del siglo VI y sobre todo durante el siglo VII) y del grupo prebúlgaro, menos numeroso y, sin embargo, bien organizado unidos en una alianza sólida el imperio bizantino se vio obligado no sólo a reconocer oficialmente el nuevo y joven Estado, la "bárbara" Bulgaria, sino a pagarle un impuesto militar.

La evolución de la cultura búlgara antigua, en que el icono ocupa un lugar considerable, representa un proceso complejo y sumamente interesante en el curso del cual ciertas épocas de enormes conquistas artísticas, frecuentemente a la altura de las cumbres mundiales, alternaban con épocas dramáticas y trágicas de duras pruebas para el pueblo, ligadas también con el atraso respectivo en el terreno cultural. Sin embargo, el proceso de la cultura jamás se vio interrumpido, ni siquiera en la época de las dos dominaciones extranjeras más aciagas para el pueblo búlgaro: el yugo bizantino (s. XI-XII) y el turco (fines del siglo XIV- fines del siglo XIX).

La dramática historia del pueblo búlgaro, las incesantes guerras que tuvo que librar con el imperio bizantino y otros invasores, inclusive con los cruzados, cuyo camino hacia Constantinopla pasaba también por Bulgaria, provocaron la pérdida de una enorme parte de sus monumentos artísticos, desaparecidos, saqueados, incendiados o destruidos en días trágicos para el pueblo búlgaro. La pérdida de iconos es particularmente grande. De tamaño reducido, fácilmente transportables, los iconos búlgaros eran lo más atractivo para el saqueador, o lo primero que el turco, que profesaba otra fe, incendiaba durante los cinco siglos de su dominación.

En el año 865, por intermedio del imperio bizantino, Bulgaria adoptó el cristianismo como religión oficial, acto de enorme importancia para el desarrollo de toda la historia búlgara ulterior y de toda la cultura y el arte. Con este acto todo aquello que hasta entonces la Bulgaria pagana había creado en los marcos del imperio bizantino quedó eliminado. No teniendo así la experiencia de un país cristiano, Bulgaria tuvo que abrir al principio sus fronteras al imperio bizantino por lo que respecta a todo aquello que estaba ligado con los medios y formas de introducir la nueva religión, es decir, todo el rito cristiano oriental que va unido a la aplicación del nuevo culto, paralelamente con su sistema de representación del creado y adoptado por el oriente cristiano: la pintura mural, el icono, la miniatura y las distintas artes plásticas eclesiásticas, arte decorativo indispensable para la decoración de las iglesias.

En su calidad de país de antiguas tradiciones cristianas, en este período inicial el imperio bizantino era para Bulgaria una fuente de experiencia y conocimientos ricos en el nuevo oficio divino. Las fuentes de esa experiencia y de esos conocimientos cristianos no eran solamente los dos mayores centros bizantinos de la política y del arte Estambul y Salónica, sino también numerosas ciudades y monasterios bizantinos. Junto con la nueva religión a fines del siglo IX Bulgaria fue prácticamente inundada por predicadores bizantinos que aportaban a Bulgaria no sólo su experiencia y su ciencia teológica sino, además, el gusto y las tendencias artísticas bizantinas. Al lado de los predicadores llegan a Bulgaria numerosos pintores: fresquistas, pintores de iconos, pintores de miniaturas, decoradores, etc.

La rápida cristianización del país queda facilitada en cierto modo por las tradiciones que datan de la época cristiana temprana (siglos IV-VI), que aún se conservan. Estas tradiciones manifiestan su importancia, presencia e impacto con mayor o menor vigor y ello no solamente en el período inicial del arte búlgaro, sino también más tarde. Es un hecho conocido que en las tierras búlgaras, durante el siglo IV e inclusive anteriormente, en la época en que el poderío romano era muy fuerte, existían municipios cristianos bien firmes (Sérdica, Filopópolis, etc.) En Sérdica tuvo lugar en el año 343 uno de los primeros concilios eclesiásticos: el concilio de Sérdica. Los monumentos arquitectónicos de la época cristiana temprana también testimonian la gran importancia de la cultura cristiana en la Península Balcánica y en particular en las tierras búlgaras: la iglesia roja de Pérushtitsa, la basílica de Santa Sofía, en Sofía, la basílica de Bélovo, la antigua metrópolis de Nesébar, etc. los restos de estos monumentos se han conservado hasta hoy día en mayor o menor grado.

Parte de esta herencia al igual que algunas tradiciones cristianas aún nuevas que estaban relacionadas con ella, hicieron más fácil la tarea de cristianizar rápidamente a la población búlgara. Debido a la construcción arquitectónica intensa de iglesias y monasterios, que había comenzado en Bulgaria inmediatamente después de la introducción del bautismo, parte de las viejas basílicas cristianas fueron restauradas con rapidez y adaptadas al servicio de la nueva religión. Al mismo tiempo, en Bulgaria comienza una construcción intensa de iglesias y conjuntos de monasterios nuevos. Algunos monumentos escritos, al igual que numerosas investigaciones arqueológicas, revelaron que solamente en el siglo IX y X, después de la cristianización del país en las capitales y en sus alrededores se construyeron numerosas iglesias y conjuntos monásticos donde se concentraron muchos monumentos del nuevo arte cristiano: pinturas murales al fresco, pinturas en cerámica y mosai-

co, numerosos iconos, miniaturas, artes plásticas de uso eclesiástico y diferentes artes decorativas. Solamente en Preslav y sus alrededores, por ejemplo, se han descubierto hasta el momento los vestigios arquitectónicos de ocho monasterios edificados en los siglos IX y X. Teniendo en cuenta, además, el papel que desempeñaban en Bulgaria ya desde aquella época inicial de su existencia los conjuntos monásticos que, además de ser centros de difusión y consolidación de la nueva religión, eran focos de la rica literatura búlgara que se estaba creando en aquel tiempo, de la pintura monumental de gran trascendencia artística, de iconos con imágenes espirituales y bellas, de miniaturas pintadas y de artes decorativas variadas por su destino y su ejecución, podemos juzgar la gran actividad cultural y educativa que realizaban los monasterios búlgaros.

Probablemente los primeros iconos búlgaros hayan sido importados del imperio bizantino, junto con los primeros libros eclesiásticos, inmediatamente después de la introducción del bautismo, como un obsequio al pueblo búlgaro recientemente catequizado. Es posible también que hayan sido transportados por los primeros peregrinos cristianos búlgaros. Tal vez estos primeros iconos importados se hayan convertido en prototipos para los pintores de iconos búlgaros en sus trabajos iniciales. Paralelamente con los iconos regalados, el imperio bizantino, por intermedio de los primeros sacerdotes bizantinos, importaba también la iconografía del icono bizantino, sus particularidades estilísticas y estéticas, los temas de la pintura mural y la técnica de la ejecución. El intercambio de la experiencia cristiana entre el imperio bizantino y el joven Estado búlgaro se efectuaba, sin embargo, con una actitud marcada de reservas: al utilizar la experiencia cultural del imperio se trataba muy cuidadosamente de resistir y de asimilar de Bizancio, lo mínimo, lo que resultaba indispensable.

En 1396 se completa la ocupación total de Bulgaria por parte de los turcos osmanlíes. Empieza un yugo largo, tenebroso, de una fe extranjera. Además de Bulgaria, todos los demás países balcánicos caen también, uno tras otro, bajo la dominación osmanlí, que plantea una situación muy dura para todo el arte cristiano de los Balcanes: El desarrollo del arte no se interrumpe en la Península Balcánica, pero su carácter se va modificando con mayor o menor fuerza, de acuerdo con las condiciones políticas de cada país.

Los invasores destruyeron todas las instituciones que anteriormente habían mantenido y dirigido el desarrollo del arte: tanto el poder estatal central y feudal como el poder de la iglesia búlgara libre. Además, asestaron heridas mortales a la capital, Tárnovo, y a la brillante escuela de Tárnovo que se

había desarrollado allí durante los siglos XIII y XIV, al igual que los demás centros culturales. Los turcos condenaron a la destrucción los monumentos búlgaros más importantes, inclusive centenares de iconos. En estas circunstancias, muchos de los pintores búlgaros más talentosos abandonaron su patria esclavizada.

Después de un estancamiento cultural que duró hasta fines del siglo XV, la vida artística de Bulgaria se reanimó de nuevo. En estas circunstancias, en vez del viejo protector aparece un nuevo patrono del arte, que tiene otra procedencia social, es decir, proviene de los medios populares de la clase media. Cambian radicalmente el auge y el brillo, se van modificando las tendencias estéticas, el estilo y las particularidades del arte eslavo, que es ya mucho más modesto en sus dimensiones y manifestaciones. Los pintores de iconos no trabajan ya más de acuerdo con las grandes posibilidades materiales y el distinguido gusto de la corte, sino observando el gusto y los recursos modestos de la gente más sencilla. De allí su carácter evidentemente folklórico, a veces ingenuo, pero siempre sincero y natural. En esta época, tenebrosa para el pueblo búlgaro las pequeñas iglesias, casi sumergidas en la tierra, y el carácter didáctico del oficio divino, celebrado en idioma búlgaro, eran una fuente inagotable de apoyo y consolación para el pueblo. En todas partes donde existe la posibilidad, ya sea en la pintura mural o en la pintura de iconos, el artista búlgaro insistentemente subraya su origen, su historia, sus costumbres, inclusive su vestimenta.

El comienzo de esta tendencia nacionalista data del siglo XVI, es decir, la época de los esfuerzos más fervientes del conquistador para imponer la religión mahometana a la población cristiana esclavizada.

Durante el siglo XVI, en el fresco y en el icono aparecen y van divulgándose los primeros santos búlgaros, mártires de la fe cristiana: San Jorge de Sofía, San Nicolás de Sofía, San Jorge Nuevo. Durante los siglos siguientes, la población búlgara también declara periódicamente santos a búlgaros que han sufrido por su fe, por ejemplo San Onofre Gabrovski (canonizado en el siglo XVIII), Santa Zlata Maglenska, etc. Al mismo tiempo van multiplicándose también las imágenes de algunos santos viejos de procedencia puramente búlgara, como por ejemplo el santo búlgaro popular más antiguo Juan de Rila, Kliment Ojridski, y otros que habían sido canonizados ya en el siglo X. Varios iconos de nuestra exposición representan de una manera convincente esta clase característica de iconos típicos. Las condiciones anormales de creación y el carácter transitorio de la época predeterminan ciertas contradicciones que se imponen en parte de los iconos más conocidos de

la época del yugo otomano. La conservación del sentido de la vieja tradición, es decir, el afán que inclina a la solemne severidad y la noble humanidad al tratar los rostros y las figuras, la vaga preferencia por el ideal antiguo de belleza humana y la pureza estilística de los colores entran en contradicción con el nuevo contenido y la finalidad didáctica y narrativa del icono. Naturalmente está también la contradicción con las posibilidades artísticas reales y la preparación técnica de los pintores de iconos, que han disminuido fuertemente. La misma intensificación de la búsqueda de iconos en la época de la dominación turca provoca también su producción masiva, que no corresponde a la disminución de la propagación artística. Por falta de un número suficiente de pintores de iconos, gente sin preparación especial se dedica también a esta actividad: sacerdotes, monjes, maestros. Su intervención en este arte tan difícil y de tanta responsabilidad hace bajar decididamente el nivel profesional general de la pintura de iconos. Va intensificándose cada vez más la actitud esquemática respecto a la imagen: la inspiración proviene ya de la tradición y no de la vinculación con la vida y la realidad.

Un fenómeno característico de los años de la esclavitud es asimismo el hecho de que parte de los iconos se realiza en los monasterios y a veces en algunos talleres campesinos. El arte de aficionados está muy difundido en este período: a ello se debe la aparición de un estilo provincial más primitivo, más áspero e ignorante y, sin embargo, de gran impacto emocional por la frescura del sentimiento y la ingenuidad espontánea al tratar las imágenes.

El tratamiento ingenuo de las imágenes santas, la violación evidente de las proporciones humanas (miembros cortos, manos grandes, muñecas pequeñas) conllevan una expresividad primitiva y sincera y un sentimiento patriótico marcado que, a fin de cuentas, confieren también a estos iconos la altura de obras de arte, características y típicas de lo popular.

Debido a la intensificación del carácter didáctico y narrativo del icono búlgaro, durante el siglo XVII se hacen bastante populares los llamados "iconos biográficos", en que la imagen central del santo está rodeada de escenas dispuestas en rigurosa forma geométrica (a veces con algo más de libertad), que representan distintos momentos de su vida. Estos iconos contienen acontecimientos importantes o bien elementos de la vida, las costumbres y la vestimenta del pueblo búlgaro.

El siglo XVIII en la historia de Bulgaria y del arte búlgaro es una transición hacia el renacimiento nacional búlgaro. Es una época de acumulación de fuerzas populares, dispuestas a oponerse al ocupante por todos los medios disponibles. También durante el siglo XVIII debemos buscar las primeras

manifestaciones importantes de la lucha popular por la liberación de la iglesia búlgara. El carácter didáctico-narrativo del icono adquiere cada vez mayores dimensiones convirtiéndose éste cada vez más en un medio de lucha del pueblo contra el yugo espiritual griego. El sustrato folklórico va enriqueciéndose con nuevas formas y manifestaciones: aumentan los santos búlgaros, se hace más frecuente la representación de las costumbres búlgaras, las inscripciones griegas sobre los iconos disminuyen, en tanto que las inscripciones búlgaras van aumentando. Los momentos revolucionarios van madurando en todas las direcciones y líneas. El sentimiento antiguo y las concepciones místicas y ascéticas propias de los años duros de la desesperación van desapareciendo para dar camino a la naciente fe en la próxima libertad de la patria y el hombre búlgaro. En nuestra exposición, los iconos del siglo XVIII figuran entre los más numerosos y los más variados. Estas imágenes revelan de la manera más plena la complejidad de la época, su carácter de transición, el choque de distintas tendencias artísticas y conceptuales.

Habitualmente se considera que la época del renacimiento nacional búlgaro coincide con el final de los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, como ya hemos señalado, sus primeras manifestaciones datan de fines del siglo XVII, cuando por primera vez aparecen las fuerzas y las particularidades que determinan su aspecto en el siglo XVIII y sobre todo en el XIX.

En la historia del pueblo búlgaro, la época del renacimiento nacional está marcada por un auge popular inusitado, por la unidad nacional y la autoconciencia del pueblo.

Durante la época del renacimiento nacional va perdiendo vigor el modo religioso medieval de pensar y de sentir, finalizan varios siglos de desarrollo del arte medieval, inclusive la pintura de iconos. Al mismo tiempo, en esta época nace, se despliega y florece la nueva concepción laica y terrestre del mundo, el nuevo arte y la nueva cultura. Ello determina el carácter transitorio y de viraje de esta etapa.

Durante la época del renacimiento, el icono búlgaro florece por última vez, en forma impetuosa y bella, para morir luego para siempre, substituído por el nuevo arte profano y civil. El mismo nombre de "renacimiento nacional" sugiere que, a diferencia del Renacimiento de la Europa occidental, que precede al renacimiento búlgaro por varios siglos y que tiene una base puramente humanística, el elemento principal del renacimiento búlgaro es el nacional y ello debido al yugo turco. Es el redescubrimiento nacional del hombre búlgaro, de la historia búlgara. También esta es la razón de este atraso de varios siglos con respecto al Renacimiento europeo. El icono del

renacimiento tiene nuevos rasgos característicos durante su desarrollo. En su contenido se impone el redescubrimiento de la vida real: la naturaleza, el hombre, el ambiente hermoso y confortable y la alegría que aportan. Está muy marcado el interés por el nuevo hombre búlgaro, su levantada dignidad de hombre que se ha sentido realmente libre.

El icono del renacimiento está inundado por la naturaleza. Como aire y luz, abundante y rica, inunda la gran experiencia del búlgaro. El icono ya brilla de oro y de elementos decorativos, materiales lujosos y edificios que recuerdan las hermosas casas búlgaras. Allí no hay más fondos llanos y hombres inmóviles en contemplación espiritual. Los hombres mueven y se comunican entre ellos.

Ha crecido el arte profesional de los pintores de iconos; trabajan con mayor dignidad y, a diferencia del pasado, firman sus obras. De esa época se conocen los nombres de algunos distinguidos pintores de iconos: Jristo Dimítrov, Zajari Dimítar Zograf de Sámokov, Para Vitán, Simeón Tsániov, Kristiu Zajáriev de Triavna, Nicolás de Odrin, etc.

La época del renacimiento búlgaro termina a fines del siglo XIX. El comienzo de su verdadero fin es la guerra ruso-turca (1877-1878) en que, después de la derrota del ejército turco, el pueblo búlgaro recibe por fin su independencia nacional. Con la liberación se pone término tanto a la época del renacimiento como a los mil años de evolución del icono búlgaro.

